Aquæ Sextia (Aix), fundada por Sexto Calvino, fué la primera ciudad que los romanos establecieron en las Galias.

La nueva provincia confinaba al Sur con los Pirineos y el mar, al este con los Alpes hasta el lago de Ginebra, al Norte cor el Isère hasta su desembocadura en el Ródano, y al Oeste con las Cevenas y el alto Garona.

GUERRA NÚMIDA; YUGURTA (111-105).—Micipsa, rey de Numidia é hijo de aquel Masinisa que fué tan fiel aliado de Roma, dispuso en su testamento que su sobrino Yugurta, conocido y apreciado de los romanos desde el sitio de Numancia, compartiera la soberanía con sus hijos legítimos Hiempsal y Adherbal. Después de la muerte de Micipsa (118), surgieron graves confictos entre Yugurta é Hiempsal, y éste murió á manos de los asesinos pagados porel primero. Encendióse luego una sangrienta guerra de sucesión entre Yugurta y Adherbal, en la que este último llevó la peor parte, y hubo de dirigirse á Roma y exponer su queja al Senado, invocando su protección con el título de aliado; pero Yugurta envió en pos de él embajadores que más provistos de oro que de justicia, lograron que se negase á Adherbal la herencia reclamada. Prevaleció, sin embargo, la opinión de algunos hombres honrados y el reino de Numidia fué dividido en dos porciones, tocando á Adherbal la mitad oriental, y á Yugurta la occidental.

Ni la garantía del Senado, cuyos comisionados habían presidido á la división, ni la fé jurada, ni el temor que inspiraban las armas romanas, contuvieron la ambición y la sed de venganza de Yugurta, quien al frente de un ejército sitió á Cirta, tomóla y mandó matar á Adherbal y á todos los hombres que se hallaban en esa ciudad.

En Roma y en Italia estalló terrible indignación contra el asesino del nieto de Masinisa; los mismos hombres vendidos al feroz númida no se atrevieron á defenderle, y el joven tribuno Cayo Memmio enardeció á la plebe y obligó al Senado á votar la guerra contra Yugurta [111]. Dos generales romanos, Calpurnio Bestia y Escauro se hicieron á la vela para el Africa, se apoderaron de algunas ciudades de Numidia y acabaron por ajustar la paz con Yugurta, ganados por el oro de este monarca. Grande enojo produjo en Roma el convenio, volvió á tronar el enérgico Memmio, y el Senado intimó á Yugurta que se presentase en Roma para justificar su conducta.

El rey de Numidia resguardado con un salvo-conducto llegó á Roma, y cuando Memmio le interrogó, Bebio, otro tribuno del pueblo, ganado por el númida, le ordenó que callara; á la sazón se hallaba en Roma un descendiente de Masinisa que pide para sí la corona de Numidia: Yugurta mandó asesinar á este nuevo competidor, y el Senado le ordenó que salíese inmediatamente de la capital, anuló el tratado que firmaron Bestia y Escauro y decidió la continuación de la guerra. Salustio nos cuenta que al salir Yugurta de Roma, se volvió hacia los muros y exclamó: "¡Oh ciudad venal, sólo esperas un comprador para venderte!"

Nada importante hizo en Numidia el cónsul Postumio Albino; más desgraciado fué su hermano y sucesor Aulo, que cercado por Yugurta, hubo de capitular ysufrir la ignominia del yugo (109). Roma se alzó entonces tremenda y envió al Africa un nuevo ejército acaudillado por Quinto Cecilio Metelo, nieto del vencedor de Macedonia. El nuevo general sostuvo una larga y difícil campaña contra los infatigables númidas, que aliados con Bocco, rey de Mauritania, opusieron una brava resistencia. La táctica superior de Metelo, sus maquinaciones é intrigas para ganarse al rey de Mauritania, y más que todo, la habilidad de sus tenientes, entre los cuales sobresalía Cayo Mario, obligaron á Yugurta á retirarse hacia el interior de sus estados, aunque dispuesto á defenderse hasta el último trance (107).

Mario, nacido el año 156 en la aldea de Cercete (Arpino), era hijo de humildes labradores y habiendo conocido hasta muy tarde la corrupción y el refinamiento de Roma, siempre conservó algo de áspero y agreste. Inteligente y bravo, se había distinguido tanto en el sitio de Numancia, que habiéndosele preguntado á Escipión Emiliano quien era más digno de sucederle, respondió que Mario. El rudo veterano, que había comenzado sus servicios como soldado de pica, sintió alentada su ambición con esas palabras del grande Emiliano, y abriéndose paso con dificultad en la senda política fué sucesivamente tribuno, cuestor y pretor en España. Mario miraba con desdén la ineptitud militar y la molicie de casí todos los oficialos nobles de su época, y cuando después de una serie de hazañas en Africa á las órdenes de Metelo, se presentó en Roma á pre-

tender el consulado (107), encontró en la clase aristocrática burlas, insultos y aversión; pero el pueblo le dió su voto, y el partido democrático tuvo ya en el nuevo cónsul un jefe notable, que era á la vez un gran general. Este esforzado plebeyo estuvo enlazado, sin embargo, con la familia Julia (gens lulia) una de las más altivas de Roma.

Metelo hubo de ceder el mando del ejército al cónsul Cayo Mario, quien se dedicó á reorganizar las legiones imponiéndoles una severa disciplina, á la par que se las ganaba con su liberalidad. La guerra se reanudó con grande energía, y Mario tomó á Capsa, arrolló en muchos encuentros á la impetuosa caballería númida y obligó á Yugurta á refugiarse en la Mauritania oriental. La guerra terminó cuando Bocco, rey de este último país, se apoderó traidoramente de Yugurta y lo puso en manos de Sila, uno de los tenientes de Mario (105).

Lucio Cornelio Sila, que luego llegó á tanta altura, nació en 138 y era descendiente de una ilustre familia. Su educación fué la de todos los aristócratas de su época y los excesos de su juventud fueron también los que distinguían á los demás nobles. El rico legado de la cortesana Nicópolis le puso en condición de mostrarse en la vida pública. Fué nombrado cuestor, y con esta calidad y la de jefe de una división de caballería itálica se presentó á Mario, quien desdeñó al oficial aristócrata. Empero, Sila se mostró intrépido en los combates, exacto en el cumplimiento de sus deberes, y más hábil que el mismo Mario en el arte de conciliar los ánimos. La captura de Yugurta fué el principio de la aversión que dividió á estos dos hombres y que no se había de apagar ni con torrentes de sangre.

El rey de Mauritania recibió en pago de su traición una parte de la Numidia, otra se dió á Gauda, descendiente de Masinisa, y la *Gran Leptis* fué agregada á la provincia romana de *Africa*. Yugurta entró en Roma furioso y encadenado detrás del carro triunfal de Mario. Arrojáronle desnudo en un lóbrego y frío calabozo donde á los seis días murió de hambre (Enero de 104).

MARIO VENCE Á LOS TEUTONES Y CIMBRIOS (102-101).—Frescos aun los laureles que Mario había cosechado en Africa, amenazó á Roma por el rumbo Norte una pavorosa tormenta que sólo pudo conjurar el vencedor de Yugurta. Desde el año 113 se agolpó en las fronteras septentrionales de la república un temible pueblo ve-

nido de la península Cimbrica: hombres eran aquellos muy blancos, de altisima estatura, de rubia cabellera y azzles ojos, acompañados de sus hermosas mujeres y robustos hijos, y arrastrando en carretas todo su ajuar doméstico. Así eran los cimbrios, que empujados quién sabe por qué causas hacia el Sur destrozaron las legiones que al mando del cónsul Papirio Carbón defendían las fronteras de Italia, y luego, moviéndose al Oeste, permanecieron durante tres años, amenazadores, en los límites de la Galia Narbonense. En 109 derrotaron al general M. Julio Silano; en 107 vencieron al cónsul Lucio Casio Longino, y en 105 destruyeron, uno en pos de otro, á tres ejércitos respectivamente comandados por Escauro, Manlio Máximo y Publio Servillo Cepión.

La rota de este cónsul (Octubre de 105) aterrorizó à Italia y à Roma: abierto el paso por los invasores todos recordaban que doscientos ochenta años antes el desastre del Alia había llevado à la capital misma la invasión de los celtas, y en el primer momento se creyó que sería incontrastable la marcha triunfal del enemigo hasta el monte Capitolino. Sin embargo, al terror cimbrico—que así fué llamado aquel corto período de angustia—se sobrepuso la energía romana: llamóse à las armas à todos los ciudadanos, buscóse un nuevo Camilo que salvase à la patria, como la había salvado aquel que desde doscientos sesenta años antes reposaba gloriosamente en su tumba, y todos señalaron á Mario. Con violación de la ley se le prorzogó el consulado que ejerció otros cuatro años, diósele un nuevo ejército y se le encomendó que aniquilase à los invasores.

Después de haber destrozado al cónsul Cepión, los intrépidos cimbrios marcharon hasta los Pirineos, pero volvieron sobre sus pasos y unidos con los teutones que acababan de llegar del Norte resolvieron entrar en Italia. A fin de facilitar sus movimientos dividióse la masa invasora: los cimbrios avanzaron hacia los Alpes de Occidente, en tanto que los teutones se dirigían contra Cayo Mario, acampado con sus tropas en la margen del Ródano. Durante los dos años (104—103) en que los enemigos efectuaron sus complicadas marchas, el general romano disciplinó sus legiones, dán-

doles entonces las águilas de plata que fueron en adelante las insignias más caras del ejército, y cuando los teutones se presentaron á la vista ordenó á sus soldados que durante tres días permaneciesen detrás de las trincheras para que se habituaran á la vista de los temidos bárbaros.

Eran estos también de talla gigantesca como los cimbrios, pero de más torvo mirar y de espantable aspecto. Mario, impasible, sufrió sus provocaciones y los vió desfilar ante su campo, pero marchó tras ellos y cerca de Aquæ Sextia (Aix) se dió la sangrienta batalla (102). La táctica romana triunfó del impetuoso valor de los hijos del Norte que fueron totalmente aniquilados, y los huesos de los trescientos mil, muertos allí, sirvieron más tarde á los cultivadores de la comarca para fijar las lindes de sus viñas. Al ver la derrota, las mujeres teutonas empuñaron las armas y sucumbieron luchando detrás de sus carros, ó se mataron entre sí para no caer en poder de los romanos.

Entre tanto, los cimbrios atravesaban los Alpes y descendían al valle del alto Adigio empujando al ejército del procónsul Lutacio Catulo que retrocedió en desorden hasta el Po. Alli se detuvieron los invasores en espera de los teutones, de cuya derrota no tenían noticia, y esta dilación salvó á Roma. Mario, nombrado cónsul por quinta vez, corrió con sus victoriosas legiones desde el Ródano hasta Italia, unióse con Catulo y el 30 de Julio del año 101 embistió á los bárbaros cerca de Verceil. Díjose que allí sucumbieron ciento veinte mil cimbrios, y que las mujeres de éstos, lo mismo que las de los teutones en Aquæ Sextia, mataron á sus hijos y en seguida se ahorcaron, dejando sus cadáveres al cuidado de fieles mastines que defendieron su depósito hasta que cayeron acribillados de flechas. Con esto terminó aquella invasión, principio de una guerra de seis siglos entre Roma y los pueblos germánicos.

Los prisioneros fueron vendidos como esclavos ó destinados a los juegos públicos en clase de gladiadores. El gran Mario, elegido cónsul por sexta vez, fué llamado tercer fundador de Roma (que el primero fué Romulo y el segundo Camilo); hacíanse liba-

ciones en su honor como en el de Baco y de Júpiter, y el día de su entrada triunfal en la orgullosa ciudad fué sin duda el más bello de toda su vida.

EGIPTO.

Los Lágidas durante el siglo 2º.—A Tolomeo Epifanes (204—181) sucedió su joven hijo llamado Filometor que se empeñó en una guerra desastrosa con Siria, y en otra civil que le suscitó su hermano menor Tolomeo Evergetes II, conocido también con el apodo de Fiscón. Este, alternativamente enemigo de su hermano menor y unido con él, le sucedió en 146 como único soberano de Egipto. Su largo gobierno (146—117) no fué más que una serie de crueldades que provocaron varias sublevaciones de su pueblo. Sus continuadores Tolomeo Latiro y Tolomeo Alejandro (117—82) apresuraron la decadencia de Egipto, y fueron, por sus crímenes, dignos de sus progenitores. El primero de esos dos reyes legó la Cirenaica á los romanos que la organizaron como provincia en el año 74. La historia de los Lágidas hasta Cleopatra sólo ofrece horribles y repugnantes tragedias.

LOS PARTOS.

Reinado de Mitrídates Iº (175—136).—El sexto de los Arsácidas, Mitrídates Iº, conquistó Atropatene, las provincias iránicas de los Seléucidas, Babilonia, Mesopotamia y Bactriana, formando con esos territorios una fuerte potencia que se extendió desde el Eufrates hasta el Indo. Estas conquistas debilitaron la monarquía de los Seléucidas.

Los sucesores de Mitrídates I°, Fraates II y Artabán II (136—124) afirmaron el rápido engrandecimiento de los Partos, que durante el siglo I° a J. C. lucharían tenazmente y siempre con fortuna, contra las armas romanas.

PUEBLO DE ISRAEL.

Los Macabeos (168—136).—Empeñado Antioco Epifanes, rey de Siria, en la tarea de dominar á los judíos, ejerció contra ellos horribles crueldades esforzándose en proscribir su antiguo culto religioso. Muchos apostataron admitiendo númenes y ritos extranjeros; pero otros resistieron y se alzaron contra la opresión, acaudillados por el sacerdote Matatías y sus cinco hijos Simón, Judas Macabeo, Juan, Eleazar y Jonatás. Acadieron los sirios á sofocar la insurrección (168), pero brava y obstinada fué la resistencia que se les opuso. Sobresalió en

aquella larga lucha como guerrero insigue en los combates y varón prudente en los consejos el célebre Judas Macabeo, que legó este sobrenombre á los miembros de su familia. Murió al fin el héroe judío (160) combatiendo por su religión y por su patria, y sucedióle su hermano Jonatás en el mando del ejército. Algunos años después ascendió el nuevo caudillo á la dignidad de sumo pontífice y fué vilmente traicionado por Trifón, gobernador de Antioquía (143). Entonces subió al pontificado Simón, otro de los Macabeos, que sucumbió asesinado en 136.

Judea independiente (135).—Juan Hircano, hijo de Simón el Macabeo, sucedió á su padre en el mando de los judíos y marcó el principio de la independencia de Judea que fué respetada de los otros pueblos. Aristóbulo, su hijo y suceser en 107, tomó el título de rey y sólo gobernó un año. Reemplazó en el trono su hermano Alejandro Janeo (106) y con el comenzó la larga serie de revueltas intestinas y guerras exteriores que afligieron á la nación judía en grau parte del siglo Iº a J. C.

SIGLO 1.º

(Antes de Jesucristo).

OMNIPOTENCIA DE ROMA.

SUMARIO.

Roma.—Decadencia del poder de Mario (100—98).—Guerra social; lucha entre Roma y los itálicos (91—88).—Primera guerra póntica contra Mitrídates (88—84).—Guerra civil; Mario y Sila (88—84).—Proscripciones y dictadura de Sila (83—78).—Sertorio en España (82—72).—Guerra servil; Espartaco (73).—Segunda guerra póntica contra Mitrídates (74—67).—Ultima guerra póntica; muerte de Mitrídates (66—63).—Consulado de Ciceron; conjuración y muerte de Catilina (63).—Primer triunvirato: César, Pompeyo y Craso (60).—César en las Galias (58—50).—Rivalidad de César y Pompeyo (50—48).—Fin de la república; dictadura y muerte de César (47—44).—Março-Antonio y los asesinos de César (44—43).—Segundo triunvirato: Octavio, Marco-Antonio y Lépido (43—36).—Rivalidad de Octavio y Marco-Antonio; batalla de Accio (31).—Sumisión de Egipto (30).—Cultura intelectual de Roma en el siglo 1º a J. C.

Pueblo de Israel —Herodes el Grande (40—1 d J. C.).—Nacimiento de Jesucristo (1º de la Era cristiana y 753 después de la fundación de Roma)

Personajes romanos más notables en las ciencias y las letras durante el 1er. siglo antes de J. C.

ROMA.

DECADENCIA DEL PODER DE MARIO (10)-98). - El sexto consu-

lado del vencedor en Aquæ-Sextia y Verceil fué el principio de su decadencia politica. Bravo en los combates y peritísimo al frente de las legiones, Mario no tenía dotes para ejercer cumplidamente la primera magistratura. Resumiendo y exagerando las ideas de los Gracos propuso que se repartiesen á los itálicos las tierras que habían ocupado los cimbrios en la Alta Italia, y para dar cima á su proyecto unióse con el tribuno Apuleyo Saturnino y el pretor Servilio Glaucia, ambos del partido democrático, pero apasionados y violentos, y separados de la aristocracia por viejos y envenenados rencores. Las leyes que en consecuencia propuso Glaucia á los comicios fueron rudamente combatidas por la nobleza, y en el día señalado para la votación los veteranos de Mario se apoderaron del lugar en que ésta debia efectuarse y completaron el número de votos. Poco tiempo después, Glaucia, que aspiraba al consulado, mandó asesinar á su competidor Memmio, que representaba á los nobles.

Este escandaloso atentado desencadenó la cólera de la aristocracia, del Senado y de la orden ecuestre (los caballeros) contra los caudillos de la democracia. El Senado invistió al cónsul Mario con el poder dictatorial, y este hombre ilustre se vió en la triste necesidad de esgrimir las armas contra sus mismos correligionarios. La sangre corrió en las calles de Roma, la democracia quedó vencida, y Mario, desdeñado por los dos partidos, marchó al Asia Menor, pretextando la necesidad de cumplir un voto hecho á la diosa Madre. A su regreso, esperó en apartado retiro el día en que, según le había asegurado una profecía, fuese investido con el séptimo consulado y pudiera vengarse de sus enemigos los nobles.

LA GUERRA SOCIAL, LUCHA ENTRE ROMA Y LOS ITÁLICOS (91-88)—Siguió á la victoria de la aristocracia un período de reacción en que fueron derogadas varias de las leyes favorables á la democracia y á los itálicos, quienes desde hacía algún tiempo reclamaban los derechos que ejercían les ciudadanos romanos. Los cónsules Licinio Craso y Scævola dieron una ley que puso en vigor el derecho estricto, prohibiendo á los que no fuesen ciudadanos el uso del derecho de ciudadanía, y amenazande con severos casti-